

Algo se ha roto

En 1967, Jean Luc Godard lanzaba al público una película. La Chinoise (La China), que en más de un aspecto había de resultar profética con respecto a la revolución de mayo francesa. La película se centra sobre la vida de una célula de jóvenes comunistas pro chinos, y se compone fundamentalmente de monólogos y diálogos, no sólo interminables, sino las más de las veces incomprensibles. Porque la Chinoise no es una película para comprender, sino para intuir. Con razón insiste Godard en toda la primera parte que la película "está haciéndose" y, a la hora de ponerle un término, se conforma con anunciar "el fin de un comienzo".

No es que yo pretenda ser tan profeta como Godard. Sin embargo, lo que trato de expresar no tiene una formulación fácil y quizás a más de uno le parezca una banalidad. Lo diré con toda sencillez: yo creo que en Europa se ha roto algo. Algo profundo, algo esencial. Una ruptura que nos impedirá mañana ser como hoy. Si ustedes quieren, el fin de un comienzo o, mejor, un fin que prelude un comienzo.

Evidentemente, no se trata de un eslabón más en nuestra evolución histórica. Más bien estaríamos en presencia de uno de esos saltos dialécticos que dividen los periodos de la humanidad. Para mí, es innegable que algo se siente cambiar en Europa. Algo todavía quizás imperceptible, pero que va madurando poco a poco. Algo que — como la película de Godard — habrá que intuir más que entender. Los indicios se encuentran por todas partes: revolución de mayo, reformas educativas, crisis religiosas (tanto en católicos como en protestantes), desintegración de las ideologías hasta hoy más consistentes... Exigencias de cogestión, de diálogo, de participación a todos los niveles, de oposición o, como dicen los franceses, de "contestation" radical y abso-

luta.

Ningún rasgo mejor que este último para mostrar la ruptura que creo intuir en la Europa actual. Si existe una radicalización de posturas (hecho innegable cuando se analizan objetivamente la violencia revolucionaria y la represión o violencia "establecida"), es porque la base tradicional se ha quebrado. Psicológicamente, la radicalidad es un mecanismo de defensa que denota una inseguridad o una angustia. Y si existe una angustia, es porque se ha perdido pie, sin saber exactamente cómo ni dónde. En todo caso, ahí están las infinitas crisis políticas, religiosas, económicas y sociales para mostrar que se trata de algo mucho más complejo que un simple malestar pasajero.

Algo se ha roto en Europa. Algo que hasta ayer no era vital, mas hoy se ha convertido en germen interno de muerte. Por eso yo creo que la auto-incineración de Jan Palach es mucho más que un símbolo; tal vez, un fruto prematuro. La aceptación e integración de esa ruptura hará de nosotros hombres distintos, por encima de capas sociales, creencias religiosas o peculiaridades nacionales. Esa ruptura exigirá, sí, una nueva educación, una nueva participación, un nuevo diálogo; pero, en definitiva, trascenderá todos esos horizontes.

¿Utopía? ¿Ingenuidad? Es posible. Mas, con Godard, yo creo que estamos en el umbral de un comienzo. En todos nosotros, débilmente, se empieza a esbozar el dibujo de un hombre nuevo. Pero marcar el trazo de este hombre no es una tarea intelectual, sino vital. Aquí no caben la ciencia ficción ni los silogismos filosóficos; hay que poner la propia existencia en juego. Y ahí está lo difícil, ahí está el riesgo. Arriesgarse exige un poco de locura o un mucho de esperanza. Justamente, las dos cosas de que más carecemos hoy en día.

Lic. Ignacio Martín-Baró.